



SINIESTRO TOTAL. Susane y Paula Grandes, de Neguri Langile, se han ido al hogar materno, pero solicitarán alojamiento «porque estamos hacinados». / FERNANDO GÓMEZ

El drama se instala en casa

Las calles de Getxo vuelven lentamente a la normalidad, mientras **los vecinos no dan abasto para deshacerse del barro que anega sus hogares**

ESTIBALIZ SANTAMARÍA GETXO

En Getxo llevan tres días masticando la impotencia, la pena y la rabia de ver cómo el lodo ha dado un mal giro a sus vidas, pero aún no consiguen digerir las consecuencias que la riada ha arrastrado al interior de sus hogares. Ya pasó el miedo de la primera noche, el desconcierto de la mañana siguiente, la crispación porque ayer las motobombas no llegaban para achicar y el abatimiento posterior, al descubrir la cruda realidad que había bajo el agua turbia. Ahora se debaten entre la indignación hacia las autoridades, por la falta de previsión y de información, y la resignación que implica ponerse las katiuskas, los guantes, y sacar a la acera una amalgama embarrada de enseres y recuerdos para que el camión de la basura se los lleve.

La normalidad, relativa, sólo ha llegado a los viales del municipio. Están todos abiertos, no hay desvíos y los semáforos que aún no funcionan los suplen agentes de la Policía local. Las aceras y mobiliario urbano tampoco denotan que hace 72 horas sufrieron la mayor acometida del río en 25 años. Cada vez hace falta acercarse más para ver los signos del desastre, pero los vecinos tienen metido el barro en casa y no se marchará fácilmente.

En la zona cercana a Jolaseta empiezan a verse los primeros montones de desechos. Las calles Acacias

y Elcano intentan remontar la doble desgracia de ser «la zona más afectada por el desbordamiento y la última en la que entraron las motobombas a sacar el agua», lamenta José Alberto Martínez. Lleva buzo, botas y una linterna en la cabeza. Su garaje no se desaguó hasta ayer por la mañana, así que el tajo no había hecho más que empezar. Un BMW descapotable cubierto de barro y ramas seguía en su parcela mientras los vecinos se enfrentaban por primera vez a la visión dantesca de sus trasteros.

Unos metros más adelante, en el centro de día Acacias, se percataban de que, pese a tener bastante avanzada la limpieza del local, la pesadilla continúa. «Los marcos de las puertas y las ventanas se están hinchando, las paredes se descas-

carillan... Necesitamos que nos agilicen el peritaje para poder ponernos en marcha con las reparaciones», reclama Josune Sainz de la Maza, supervisora de este centro gestionado por la DYA.

Hacinados con la madre

Los 18 mayores a los que atendían están ahora desplazados en otros centros de la comarca porque «todo el equipo está destrozado, el despacho y la enfermería están inservibles y la cocina, igual». Por la orilla del río, nos acercamos al núcleo de Neguri Langile. A casa de Susane Grandes llegó, por fin, ayer ayuda municipal. Dos operarios colaboraron con la familia sacando barro a paladas. Han perdido la casa que llevaban cinco años arreglando y cada vez son más conscientes de que el



A Iván Arévalo, de Larrañazubi, la riada le pilló fuera de casa. / F. GÓMEZ

problema va para largo. «¿Estamos a tiempo de solicitar alojamiento al Ayuntamiento? –consultaba–. Esto nos va a llevar muchos meses de obras y no podemos vivir hacinados en casa de mi madre».

El panorama empeora a medida que uno se acerca al humedal del Bolue. En Larrañazubi llegaron a temer por sus vidas. «Si no consigo salir por el monte, nos quedamos ahí dentro», recuerda Manuel

Arévalo. Su casa, «comprada hace tres años», está arrasada. «Tendremos que pedir otro préstamo para pagar el anterior». Están indignados con la respuesta de las aseguradoras, pero «el agua alcanzó el metro ochenta, así que hay que estar contentos de que nose hayan producido pérdidas humanas».

Más adelante, en la zona de Fadura y Arene Azpi persistían las balsas de agua. Los servicios muni-

«Por la noche vinieron a saquear los pisos vacíos»

E. S. GETXO

Por si no tuvieron bastante con el sufrimiento de ver cómo una ola se comía de madrugada sus casas; con el susto de verse en la calle con lo puesto para unos cuantos meses, un grupo de jóvenes colaboró la madrugada de

ayer a disgustar más si cabe a los residentes del barrio de los puentes de Algorta. Mientras una docena de familias intentaba conciliar el sueño en hoteles y pensiones facilitadas por el Ayuntamiento, desconocidos entraban en sus casas para llevarse cualquier cosa útil. «Evidentemente,

las viviendas están abiertas porque ni siquiera cierran las puertas y las ventanas, así que por la noche vinieron a saquear los pisos vacíos», aseguraban ayer Arantza Gutiérrez, Asun Blanco y Marta Uriarte.

«Los vecinos de los pisos altos se dieron cuenta y les echaron, pero hay miedo a marcharse y dejar la casa sola en estas circunstancias». Ayer mismo solicitaron vigilancia y una patrulla de la Policía local se acercó a la zona. «Esperemos que se que-

den por la noche». No fue el único barrio afectado y, además, la noticia corrió como la pólvora por el pueblo, así que en Larrañazubi, Fadura y Neguri Langile también reclamaban más presencia policial. «Está todo abierto. Lo tienen facilísimo. No puede haber un policía en cada casa, pero es que igual vemos uno en todo el día». Otros se lo tomaban con más filosofía. «Aquí no van a encontrar más que mierda. Si nos ayudan a sacarla, antes terminamos», ironizaban.